

En este esforzado paladín del prestigio y renombre de la ciudad que es ANCORA, hemos visto publicados últimamente, junto a ciertas nerviosas llamadas de alarma, algunos artículos orientados a descubrir y poner en la picota una pretendida, o real, conjura del silencio afectando al nombre de SAN FELIU DE GUIXOLS en lo que al área del turismo se refiere.

Se ha hablado, o escrito, de injustos y quizá intencionados vacíos, de hados adversos con perspectivas cenobíticas por toda consolación, y hasta, en abuso un poco de la ipérbola, de murallas de silencio.

Como al que más—esto ya va sin decir—nos duele a nosotros la menor sombra de preterición que pueda intentarse proyectar sobre la categoría, afortunadamente ya bien consolidada en todos los órdenes, de nuestra querida ciudad. Pero, analizando serenamente la cuestión, tampoco creemos que sea cosa de tener que afligirnos en términos demasiado catastróficos por el más o menos constatado hecho; y que, por contra, mucho más ha de valer nos pensar que un poco de silencio protector velando lo que entrañablemente ama uno, no es mala muestra de respeto y quien sabe si de vergonzante homenaje ajeno al fin, a cuanto, por esplendorosamente existente, ha de resultar siempre insoslayable por muchos esfuerzos que se quieran hacer fingiendo ignorarlo.

Por eso es que, quizá sí, hemos de considerar un tanto desorbitado ese lamentarnos todos de un silencio que, si es cosa puramente casual, no tiene la menor consistencia y, si maliciosamente deliberado, acaba por honrarnos porque evidentemente, y al menos por ahora, el tiro les va saliendo por la culata a los amnésicos de ocasión, aunque nunca es conveniente dormirse demasiado confiado en los laureles cuando de cosas relacionadas con el turismo—moderna entidad de rotundo signo activo—se trata.

¿LA COJA ES PARA TANTO?

En otro aspecto ya de la cuestión, lamentamos tener que objetar a uno de los, sin duda bien intencionados, articulistas que del hecho se han ocupado—quien nos permitirá decirle que, en esta coyuntura, parece no haber calado lo suficientemente hondo en el rico substrato de lo característico local—que absolutamente nada de eso de que si tras nuestras quejas por el supuesto, o evidente, olvido del nombre de nuestra ciudad en el campo de lo propagandístico lo único que se esconde es un inconfesado deseo de que se hable, «urbi et orbi», de las gentes de San Feliu.

¿Es de veras que se cree que los de San Feliu somos realmente tal y como se nos ha descrito: unos vulgares egoístas sólo deseosos de hacernos cada uno de nosotros con la correspondiente parte alícuota de esa «gloria» que, como el propio articulista a que nos referimos muy bien apunta, por derivarse, en todo caso, de acervo enteramente natural como lo es el incalculable tesoro de bellezas que nos rodea, para nada puede deberse a nuestro personal esfuerzo? Bien menguado concepto, a fe, el que, a la postre, se ha venido a formar de nosotros si tal se opina y, además, se publica.

Pero, bien mirado, a fin de cuentas da lo mismo; los directamente aludidos vamos a desquitarnos de la reprimenda—si lo es—exhumando aquí el viejo axioma de que toda apreciación personal es libre, si que, por lo mismo y en igual proporción, puede ser falible; considerado lo cual, preferimos abstenernos de criticar a fondo el por otra parte muy interesante artículo, con pujos de estudio psicológico—racial, que los habituales lectores de este semanario—guixolenses en su gran mayoría es lógico suponer—hemos podido saborear y con ayuda del cual vamos a lograr enterarnos, por fin, de quienes en realidad somos, cómo somos y sobre todo cómo deberíamos ser... en opinión del articulista, claro.

Ese, bastante pueril, intento de «descubrirnos» y clasificarnos empleando hasta métodos un poco a lo entomólogo u ornitólogo, nada tiene, desde luego, de nuevo ni siquiera de original, puesto que ya otras veces fué ensayado habiéndose demostrado que, en lo práctico, quedó siempre en un elocuente grado de frustración, quizá por eso mismo que el propio espontáneo ensayista, lupa en ristre, también ha intuído en nuestra, no precisamente simple, idiosincrasia, cuando de nosotros acaba diciendo cosa tan sabrosa y de trascendente contenido etnológico como ésta: «son ellos mismos y nada más que ellos mismos.»

¿Pero es que a alguien puede parecerle poco que haya quién, en estos tan calamitosos tiempos que corren, logre mantenerse heroicamente a flote de la impetuosa corriente de adocenamiento que nos arrastra y ahoga, y, pese a todo, continúe siendo uno mismo y nada más—y nada menos—que uno mismo?

¿Y poco también—seguimos citando las propias palabras del articulista—lo de «ciegos de luz y de belleza en torno, sus habitantes—los de San Feliu—sienten la vida sin extraer norma de ella. No son nocturnas aves en dorada jaula, empero. ¡Hombre! ya

salió aquello, lo de «mussols», ¿no?—y aquí vemos como ya hay quien se atreve a enmendarle lo plana nada menos que a todo un Don Santiago—según dicen que dijo de nosotros con su habitual y a veces cáustico, gracejo el inolvidable autor «L'Illa de la calma».) Más bien—sigue el artículo—bandada de alegres pájaros volando sobre un paisaje de ensueño y piando alegremente...»

¡Bravo! Este felicísimo período sí que es merecedor, por lo menos, de matrícula de honor en lides de retórica y poética.

¿Y poco, en fin, ese pensamiento de santa consolación en la augusta, serena parvedad de lo eternamente bello, que se nos asigna al decir de nosotros que «con tal de que la luz, el aire y la música no falten, ya lo tenemos todo pagado»? ¡Pero si aquí uno capta, sabiamente diluídas, hasta auténticas esencias del más puro franciscanismo!

Sinceramente, lamentamos tener que disentir de la respetable opinión global del articulista; pues, contrariamente a lo que parece ser su tesis, nosotros creemos que la sola ocasional lectura de esas envidiables características que, de modo tan generoso, nos son atribuidas a los «ganxons», en vez de obstáculo, habría de constituir acicate más que suficiente para la atracción, sin tasa ni medida, de esa interesante corriente turística que, afortunadamente cada año más en auge pese a todas las conjeturas de silencio, saben distinguir a nuestro querido San Feliu con su inteligente elección y agradable—y para muchos ópticamente remuneradora—permanencia entre nosotros.

Aquilatando, pues, todo ello y ya en pleno terreno propagandístico situados, nos atreveríamos a sugerir la reproducción, sin reparar en gastos, del interesante artículo que—con todos los respetos a la ajena opinión debidos—nos hemos permitido apostillar, y repartir su incitante texto a voleo por todo el mundo. Mas... no, esto no dejaría de contener también su dosis de insinceridad, porque lo malo del caso es, amable e ilustrado señor articulista, que no todos ¡oy!, ni muchísimo menos, somos eso, tan ideal, que usted posiblemente sin la menor intención de favorecerlos, ha pintado. ¡Que más quisiéramos!

Y ahí precisamente radica la principal falla, única acaso del, por otra parte muy bien cortado, artículo, cuya condensación, si tuviéramos que hacerla en pocas palabras, nosotros, un poquitín concedores que también creemos ser del país y de sus tan despiadadamente vapuleados moradores, seguramente haríamos así, salvado siempre el inevitable margen de error inherente a toda apreciación que con carácter general se hace: «CIGARRAS, QUE NO HORMIGAS»

Pero... ¿es posible que sea esto lo que cause extrañeza, y hasta parece que un cierto enojo, descubrir en el sabio y llano vivir de las gentes que pueblan estas viejas y novilísimas riberas mediterráneas matriz de toda molicie... y de toda, aun hoy, imsuperada empresa?

Eduardo Bardas Planellas

ancora